

Leonor Antunes. *Restos de vida*



Leonor Antunes. Vista de la instalación *1785/87/90 - 2010*, Centro Cultural Montehermoso, Vitoria, 2010. Cortesía de la artista

Descontextualizar significa sacar algo de su contexto, es decir, separar o aislar de un conjunto, en apariencia compacto, una pequeña o una gran parte. De tal modo, llevando a cabo esta acción, es posible que la razón por la que esa parte fue creada corra el riesgo de pasar a un segundo plano por la fuerza de un nuevo uso, discurso o situación. Esto es, por la nueva vida que le quiera dar quien ha decidido aislarla y separarla para darle un uso distinto al que en principio se le había otorgado.

Descontextualizar por descontextualizar –o fragmentar por fragmentar– puede acarrear algunas consecuencias y provocar algunos efectos, como enaltecer el valor que se le supone a un detalle y, por ende, al papel que desempeña en el contexto –el conjunto– para el que fue concebido. O, por el contrario, reducir o minimizar el interés de su aportación al no hallarse suficientemente arropado, no contar con apoyo alguno, no saber cómo desenvolverse en soledad... Es decir, al no verse rodeado

por el grupo al que pertenecía, el conjunto que daba sentido a su vida. Al verse desprendido de su razón y función originarias.

Descontextualizar por descontextualizar –o fragmentar por fragmentar– también puede dar lugar a la magnificencia, la excelsitud o la exageración. Y dar paso a la teatralización. O a la focalización exagerada hacia cualquier cosa por el efecto no tanto de la cosa en sí misma, sino de elementos tan al margen de ella como la distancia, la perspectiva, el juego de luces y sombras, la distribución espacial en distintos niveles... En definitiva, de cualquier elemento que requiera y del que se sirva una obra de teatro para comunicar al espectador el mensaje que le quiere dar.

Sin embargo, descontextualizar por descontextualizar también puede aportar algún dato positivo: conocer la intención de quien fragmenta, abrirse a otro tipo de interpretaciones, aceptar que no todo es blanco ni negro, explorar territorios ignotos a través de la confrontación, experimentar la riqueza implícita, por ejemplo, en la construcción de uno de los paradigmas de lo que podría ser una buena imagen de la descontextualización: un *collage*. O lo que es lo mismo: un cuerpo de pensamiento, un discurso, un proyecto, una obra, una unidad construida sobre la base de fragmentos procedentes de territorios distintos, dispares. En suma, un ensamblaje de detalles agrupados con la intención de abrir los ojos y la mente del espectador, educar la mirada, invitar a participar a través de la identificación, apreciar el nuevo uso que se le puede dar a un detalle, siempre que su intención sea clara, forme parte de un discurso elaborado, no se vea excesivamente mediatizado por el vacío que le rodea y, sobre todo, no se trate de uno más de esos tantos ejercicios de fin de curso que algunos artistas elaboran con el ánimo de suscitar un interés tan fatuo e insustancial como vano e innecesario.

Leonor Antunes es una artista lusa, nacida en Lisboa en 1972, formada en escultura por la Universidad de Bellas Artes de Lisboa y conocida por aproximarse al concepto de lo tridimensional a partir de los parámetros de la arquitectura.

Extremadamente hábil en la práctica de una suerte de descontextualización que consigue convertir en objeto escultórico lo que en su día fue un detalle, una parte de un conjunto, un elemento más de la complejidad de un engranaje, o algo que consiguió llamar su atención mientras practicaba una de las primeras formas de conocimiento del espacio —el andar—, su obra está interesada en la práctica y el desarrollo de la escultura en tanto catalizadora de la relación que el hombre mantiene con el espacio. Una de las características de su obra, que tiene como objetivo que el espectador no sólo forme parte de ella sino que interactúe moviéndose entre sus formas evidenciando a través de este tránsito aquella triple conversación a la que ya nos hemos referido entre el hombre, la obra y el espacio (recordemos a Tony Smith y a Robert

Morris), es la ausencia de un punto único desde el que observarla, así como la alteración de escala y el aislamiento a los que somete a sus “motivos”, el diálogo que establece entre la forma y el vacío, y la posibilidad de reforzar el carácter nómada de un pensamiento forjado al albur de mediciones, duplicados, nociones de escala y medida... En definitiva, de reflexiones en torno al espacio a través de un lenguaje formado por materiales tan variados como el cobre, la piel, la madera, la luz, la sombra, la cuerda, el papel...

Sobre la base de una investigación desarrollada alrededor de la arquitectura moderna y, concretamente, de la obra de arquitectos como Mies van der Rohe, Hans Sharoun, Jean Prouvé, Buckminster Fuller o Eileen Gray, la obra de Antunes en la que mejor se percibe su interés por la transcripción y dotación de una realidad

ubicada al margen del sistema arquitectónico y urbano para el que fueron creados ciertos detalles constructivos, formas, patrones o materiales propios de otro contexto, es la serie de esculturas que, bajo el título genérico de *Modo de usar*, la artista inicia en 2003 bajo el influjo de los *ready-mades* de Marcel Duchamp. En ellas, la porosidad entre los lenguajes arquitectónicos y escultóricos, la posibilidad de producir nuevos objetos a partir de la transformación de materiales seleccionados, y el cuestionamiento del concepto de originalidad a partir de la duplicación, la repetición, y aquella descontextualización a la que nos hemos referido, es capaz de inducir al espectador a observar la espiral que se genera a partir de la fuerza de un detalle y el modo en que tratamos las cosas al ser aisladas, descontextualizadas.

Frederic Montornés